

PEDRO E. BETANCOURT

Por EMETERIO S. SANTOVENIA

(Colaboración exclusiva para INFORMACION)



De la fecundidad humana de los años de mediados del siglo XIX salió Pedro E. Betancourt y Dávalos, nacido, el 7 de mayo de 1858, en la región de Matanzas. Este cubano cultivó su espíritu y su brazo en condiciones que le permitieron servir ampliamente a sus semejantes y a su patria. En la Isla, en los Estados Unidos y en España cursó enseñanzas culminantes en la profesión universitaria de médico: he aquí la capacidad de su espíritu. En el suelo natal su madurez le depuró la ocasión de participar de manera sobresaliente en la preparación y consumación de la etapa final de la lucha armada en pos de la independencia nacional: he aquí el alcance de su brazo.

El prestigio de que gozaba en la época en que cuajaron los planes revolucionarios dirigidos por Martí se reflejó en la parte de responsabilidad creadora a él asignada entonces. Sus correligionarios lo consideraron con capacidad bastante para ser uno de los promotores del alzamiento que se produjo el 24 de febrero de 1895. La buena suerte no lo acompañó en Ibarra. Fué aprehendido y enviado a España como deportado. En Francia estrechó relaciones con Ramón Emeterio Betances, el ilustre puertorriqueño que trabajaba por Cuba. Se trasladó a los Estados Unidos. Regresó al suelo natal en la expedición encabezada por Calixto García.

Un año y un mes después del alzamiento del 24 de febrero de 1895 se halló incorporado en el Ejército Libertador. El General en Jefe dispuso en seguida que pasase a prestar servicios militares en la provincia de Matanzas. En ella asumió riesgosos mandos. Desde entonces, y durante el resto de la contienda emancipadora, tuvo bajo su pericia y responsabilidad la dirección de fuerzas cubanas en un territorio erizado de extremos peligros y dificultades, provenientes de las condiciones naturales de la región y de los medios ofensivos del enemigo. Con acierto condujo brigadas y, finalmente, la primera división del quinto cuerpo del Ejército Libertador, a veces bajo los efectos de gravísimas heridas sufridas en acciones bélicas y siempre encarando el contrario acoso. El médico había trocado el oficio científico por el de heroico combatiente.

Calixto García, Máximo Gómez y Antonio Maceo conocieron de cerca su capacidad militar y la entereza de su carácter. Claros y trascendentes hechos determinaron las promociones por él alcanzadas hasta recibir la de mayor general del Ejército Libertador. El profesional que había logrado ser glorioso conductor en la guerra continuó en la paz fortaleciendo y realizando la preeminencia del cofundador de la Nación.

Con mesura y energía intervino en las tareas preparatorias del advenimiento de la independencia patria. Matanzas lo eligió delegado a la Convención Constituyente. Del seno de ésta salió, con Domingo Méndez Capote, Pedro González Llorente, Diego Tamayo y Rafael M. Portuondo, para trasladarse a los Estados Unidos, conversar con McKinley y alguno de sus colaboradores y esclarecer el alcance del proyecto de apéndice constitucional que el poder interventor quería imponer a la Asamblea y que ésta se negaba a aceptar de buen grado. Aquella espinosa comisión dió la medida del respeto que merecían los insignes cubanos encargados de consumir un esfuerzo heroico en el curso de las relaciones de su pueblo con el gobierno de la Unión.

Más de un cuarto de siglo después de la época de las deliberaciones de constituyentes

B

1000064



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

1000065

cubanos y McKinley, por boca de Betancourt, tuve el privilegio de conocer una de las razones, sin duda la más decisiva, por las cuales la mayoría de la Asamblea decidió resignarse a la imposición proveniente de la ciudad de Washington. En conferencia celebrada en la Casa Blanca el Presidente dejó saber a los delegados insulares que, si la Convención rechazaba las cláusulas contenidas en la enmienda Platt, los Estados Unidos retirarían de Cuba el régimen militar y establecerían uno civil bajo la directa y absoluta autoridad de la Unión. Tal conclusión llevaba implícita la advertencia de que, en produciéndose la anunciada mudanza, quedaría indefinidamente postergado el ingreso de la Isla en la comunidad de naciones soberanas.

En los avatares de la existencia nacional, a lo largo de tres décadas, el doctor y general Pedro E. Betancourt —gobernador de Matanzas, senador de la República, secretario de agricultura y presidente de los veteranos del Ejército Libertador— no cesó de poner sus prestigios, saberes y experiencias al servicio de los intereses patrios. Así llegó hasta el 19 de mayo de 1933, fecha de su despedida de entre los hombres en medio de profundos dolores, más morales que materiales, en la ciudad de La Habana. La coincidencia de su muerte con el aniversario de la de Martí pareció obra del Destino. Sus delirios agónicos constituyeron la etapa final de una vida consagrada a defender y honrar a Cuba.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA